

Hacia la democracia directa

Dada una población de personas, ¿cómo han de tomarse las decisiones que afectan a todos? Esta pregunta se ha planteado periódicamente desde tiempos clásicos. Los atenienses podían reunirse todos -es decir, todos los que contaban como ciudadanos- y votar directamente sobre las cuestiones. Ya entonces, la mayoría de los pensadores opinaban que un sistema *democrático* como éste era siempre preferible a la otra opción: una *tiranía*. En encarnaciones más recientes de la democracia, el tamaño de la población hizo inviable tener en cuenta la opinión de cada ciudadano en cada decisión. Para solventar esto, fueron instaurados sistemas de *democracia representativa*, en las que la población elige cada cierto tiempo a unos representantes que se encargan de votar sobre los asuntos que se vayan planteando. En realidad, el tamaño de la población no es el único motivo para la existencia de representantes. Los Founding Fathers de Estados Unidos, por ejemplo, veían en lo que llamaban una “verdadera democracia” -es decir, una sin representantes- el peligro de la *tiranía de la mayoría*: las minorías se verían totalmente vulnerables ante los deseos de la mayoría. Otra objeción a que los ciudadanos opinen directamente es que puedan no tener la capacidad intelectual suficiente para comprender la complejidad de los asuntos de estado. Y por último, entre los profesionales de la política se acepta tácitamente que ciertos aspectos relacionados con intereses y/o seguridad nacionales no pueden ser de dominio público, ya que esta transparencia desvelaría información sensible a terceros, además de restringir la capacidad de acción del gobierno.

Hoy en día existe un movimiento por la *democracia directa*, también llamada *democracia pura* o *no representativa*. Sus defensores señalan que la tecnología actual hace que sea igual de sencillo computar millones de votos como decenas. Es decir, cada tema que en una democracia representativa se vota en una cámara, digamos en un parlamento, podría votarse sin gran complicación a nivel de nación. La tiranía de la mayoría no tendría por qué ser una amenaza siempre que existiese un cierto grado de debate y consenso, algo que de hecho se hace cada vez más factible gracias a las diversas plataformas -foros, blogs, medios de comunicación interactivos- que recientemente han comenzado a surgir. Que la gente corriente no sea capaz de comprender los temas y decidir lo que más le conviene ha sido siempre un argumento de los que se han opuesto a una mayor democratización de cualquier sistema de gobierno. Y sin embargo, la correlación entre lo que podríamos llamar *nivel de democracia* de un país (entendida como la homogeneidad de la distribución de peso político entre la población) y su desarrollo social no podría ser más clara: sólo hace falta comparar los países más democráticos como Suiza (donde cincuenta mil firmas fuerzan un referéndum vinculante) con los más autoritarios, digamos Corea del Norte. Finalmente, no está nada claro que ocultar los aspectos más oscuros de la política contribuya al bien de la población. En general, se puede decir que todos los argumentos a favor de los representantes, excepto el de la inviabilidad de computar muchos votos, dependen de que por alguna circunstancia sin determinar los representantes sean

personas más justas, más sabias o más capaces que el ciudadano medio. Pero esto parece más bien un argumento a favor de la oligarquía.

Un ejemplo de la historia reciente que pone de manifiesto lo falaz de cada uno de los argumentos antes expuestos a favor de la existencia de representantes es la invasión de Irak. En prácticamente todos los países invasores, era bien sabido que la inmensa mayoría de la población se oponía vehementemente a la guerra. En España, por ejemplo, aproximadamente el 95 por ciento estaba en contra, y en el Reino Unido muchos trabajadores fueron a la huelga. Pero mientras que casi todos los ciudadanos, ya fueran barrenderos o analistas, entendieron que la supuesta evidencia a favor de la guerra era falsa, por lo visto la pequeña minoría constituida por sus “representantes” o bien cayó víctima del engaño, o bien hizo primar sus propios intereses. Es prácticamente seguro que hubo más aspectos que los que fueron expresados abiertamente. Por ejemplo, tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos concedió al Reino Unido un préstamo que lo salvó de la bancarrota, pero que requirió la aceptación de varias cláusulas jamás hechas públicas; la deuda fue finalmente saldada en 2007. Como consecuencia de que la democracia de los países invasores era representativa, no sólo murieron decenas (o quizá cientos) de miles de personas inocentes y todo un país fue sumido en un violento caos; es ahora probable que el régimen secular (suní) caído acabe por dar lugar a otro islamista (chiíta) simpatizante y servicial con Irán, algo contrario a los intereses de los mismos países invasores.

Tenemos que reconocer que la democracia es un sistema en evolución. Probablemente la elección de representantes fuera antaño la mejor opción para el buen funcionamiento de una sociedad; pero la tecnología actual está modificando esto como tantas otras cosas. Si queremos hacer más democrático nuestro sistema, lo primero que debemos efectuar es un cambio de paradigma en cuanto a las personas que entre todos contratamos para realizar ciertas funciones administrativas: alejarnos de la primitiva idea de líderes y acercarnos a una de empleados públicos, trabajadores que acaten nuestras instrucciones, no que tomen por nosotros las decisiones. Es importante señalar que esto no implica una pérdida de libertades del individuo en favor de la mayoría. Al contrario, dadas las plataformas adecuadas para el debate, será posible una mayor proyección de las ideas, necesidades e inquietudes de cualquier miembro de la población. Pero también necesitaremos algún sistema que permita gestionar las decisiones comunes. Un ejemplo podría ser un programa informático en línea que permita a cualquier ciudadano (identificado por su firma digital) proponer ideas y/o votar por las de otros. Tal programa podría identificar propuestas de temática similar para que el proponente pueda saber si su idea ya está allí, y en tal caso añadir simplemente su voto. Cada cierto tiempo, las propuestas que más votos hayan acumulado serían sometidas a referéndum a través del mismo sistema. Una forma de gestión de este tipo podría implementarse simultáneamente a varios niveles (local, regional, nacional, global) ya que las propuestas irían desde “construyamos un parque en el descampado del barrio” hasta “sembremos de sal las nubes para aumentar su albedo y así reducir el efecto invernadero”.

En este mundo de redes sociales, software libre, creciente desilusión con la clase política, consciencia de problemas globales ineludibles, y Wikipedia, quizá sea sólo cuestión de tiempo antes de que brotes como el partido Aktivdemokrati, que aspira al parlamento sueco, la asociación española Más Democracia, o el Direct Democracy Party of New Zealand, por mencionar sólo una pequeña muestra, consigan la masa crítica necesaria para efectuar este cambio. Una importante baza de este movimiento es que suele ser visto con buenos ojos por personas de una amplia gama de colores políticos, desde marxistas hasta libertarios. Pero lo que realmente hace de la democracia directa una opción viable es que se puede llevar a cabo paulatina y pacíficamente la transición de lo que ahora llamamos democracia a un sistema no sólo más justo, sino probablemente más eficaz: un verdadero poder del pueblo.

Samuel Johnson y Cécile Poirier

Conclusión:

No me digas que haces falta porque sabes más que yo,

Que tras toa tu vía trepando tú no sabes ni la o.

No te creas que requiero que cures en mi lugar

Porque pa lo que tú haces lo hago yo al desayunar.

Sobre todo no me digas: “somos muchos pa saber

Qué es lo que todos queremos”, que pa eso está Internet.